

“Alumnas de un genio” o “juntas en el mismo bote”¹

Elisabet Mauder

Un día soleado en Leiden, en la primavera del 2000: Angelita había venido a Países Bajos para defender su tesis de Doctorado, y a mí me entusiasmaba mostrarle el centro histórico de la ciudad, con los edificios antiguos de la Universidad, la fortaleza, el enorme molino de viento, el jardín botánico, y los canales y puentes. El modo más conveniente de explorar Leiden es caminando. Si uno se atreve, puede alquilar una bicicleta aunque, si no se está acostumbrado al modo neerlandés de conducirlos, puede no resultar tan buena idea. Pero Leiden, con sus canales y muelles, presenta otra opción: se puede observar la ciudad desde un bote. Hay embarcaciones para grupos, con guías que cuentan los hechos y los chismes de la historia de Leiden, y la vida cotidiana de sus habitantes en decenas de lenguas. Sin embargo, si uno se atreve, puede contratar uno de esos pequeños botes a pedal y explorar la ciudad desde los canales, como desde la perspectiva de una rana. Parecía un buen plan, así que decidimos alquilar un bote, recibimos algunas instrucciones y partimos, ambas pedaleando y manejando un pequeñísimo timón. Había algo de viento ese día... bastante, de hecho... y, por algún motivo, el bote no respondía a nuestras maniobras. Nuestro

¹ Traducción a cargo de Ana Laura Pagliaro, traductora científico-literaria (USAL) y maestranda en Lingüística (FAHCE-UNLP).

paseo turístico pronto se convirtió en una lucha para evitar colisionar con los muros del canal y los pilares del puente y, en términos generales, para hacer que el bote se moviera en la dirección que queríamos. Lo que había parecido un paseo tranquilo, se convirtió de pronto en una aventura. Nos llevó bastante tiempo, pero logramos regresar al muelle (agotadas, pero sanas y secas) y, a pesar de todo, pasamos una bella tarde, aunque algo diferente a lo que habíamos esperado. Fue todo un viaje... pero juntas volvimos al muelle.

Angelita y yo nos habíamos conocido en 1994, en el Congreso de Americanistas en Estocolmo. Ambas éramos doctorandas de Érica García, una de las expositoras principales. Sabíamos que García había decidido proponernos distintos, pero relacionados, campos de uso de los pronombres “le” y “lo/la”, que, de acuerdo con la Escuela Lingüística de Columbia y el propio libro de García (de quinientas páginas) *The Role of Theory in Linguistic Analysis*, representan diferentes perspectivas del hablante respecto del grado de actividad o control de los participantes en un evento dado. Mi tarea era replicar el estudio de 1975 de García sobre el dialecto porteño, en una escala mayor y con nuevas técnicas; mientras que Angelita debía investigar el uso de estos pronombres bajo la posible influencia de las lenguas latinoamericanas quechua, guaraní y mapuche.

A Angelita y a mí nos entusiasmaba conocernos y pronto descubrimos que teníamos mucho en común. Teníamos más o menos la misma edad, estábamos casadas, teníamos hijos adolescentes y ambas ya teníamos títulos académicos en otros ámbitos: Angelita en español, literatura y latín; y yo, en inglés y lenguas eslavas. Y ambas estábamos fascinadas con Érica García, su carisma y su perspectiva innovadora sobre la Lingüística.

A su vez, diferíamos en muchos sentidos. Uno de ellos (de importancia no menor), el foco de nuestros intereses científicos: curiosamente, cada una de nosotras representaba una de las columnas intelectuales principales de la Escuela Lingüística de Columbia, a saber, el

análisis cualitativo y el cuantitativo. Angelita siempre ha sido un genio del análisis cualitativo, con una increíble sensibilidad, que le permitía identificarse con el hablante, leer su mente, detectar la perspectiva de cómo una historia se contaba, y por qué se elegía determinada forma. Y todo eso tomado no “de la nada”, sino con un claro anclaje en la situación del evento, que dejaba sus huellas en el texto. Yo (que carecía de este talento) admiraba y, a veces, incluso, envidiaba esta habilidad de Angelita. Para mi fortuna, tenía, en su lugar, una cierta facilidad para los números, y un determinado conocimiento previo del análisis cuantitativo, la otra piedra fundamental de la Escuela de Columbia. García lo valoraba, y me alentaba a profundizar este conocimiento pero, en su corazón, era evidente que el enfoque cualitativo tenía un lugar especial, cuyo punto culminante fue su famosa declaración: “la estadística es para los cobardes, el análisis cualitativo es para los valientes”.

Angelita y yo continuamos trabajando en nuestros proyectos, nos mantuvimos en contacto, nos encontramos en conferencias y enseñamos en distintas universidades, ayudándonos en toda clase de asuntos que surgían en el curso de nuestros trabajos. Y (algo de gran importancia para mí) podíamos hablar de todos los aspectos de nuestro trabajo: la interpretación de usos interesantes de los pronombres en ciertos contextos, la discusión de métodos de cuantificación y análisis de nuestros hallazgos y por último, pero no menos importante, el modo de enfrentar los desafíos de trabajar con Érica García.

Érica García sobresalía por su inteligencia, su conocimiento, su experiencia... y en lo que fuera que estuviésemos haciendo, sin importar cuántos nos esforzáramos, siempre parecía estar un paso delante de nosotras. Érica García podía alentarnos y ofrecernos apoyo, y su entusiasmo por la Lingüística era una gran inspiración para nosotras; pero también era extremadamente demandante y requería de nosotras una dedicación plena hacia nuestros estudios, con poco interés en el hecho de que ambas tuviéramos “una vida aparte de la Lingüística”. A través de todos los altibajos que constituyeron esos

años, resultaba agradable no estar sola y, en ocasiones, incluso contar con “un hombro en que llorar”, cuando lo necesitaba.

En 1995, dos años después del comienzo de mi proyecto de tesis, había llegado el momento de llevar adelante un experimento trascendental en Argentina, en Buenos Aires. Había estado en el exterior antes: me había mudado de Alemania, a Países Bajos; había vivido durante un tiempo en Estados Unidos, y pensé que llevar adelante mi experimento en Buenos Aires sería muy sencillo. La realidad fue distinta: durante los primeros días en Buenos Aires me sentí como una completa idiota y, sin la ayuda de Angelita, hubiera estado perdida; no solo en términos científicos, sino, incluso, en situaciones básicas de la vida cotidiana. Angelita me ayudó a organizar mi vida en Buenos Aires, me ayudó a adaptar mi cuestionario a un español porteño aceptable y a adecuar mis oraciones de prueba para que pudieran reflejar las situaciones reales de los estudiantes porteños, mi objetivo de investigación; y me puso en contacto con estudiantes y docentes de la Universidad de Buenos Aires.

Fue hacia el final de mi estadía en Buenos Aires cuando recibí una llamada de un colega de Leiden, que me informaba que Érica García había terminado su contrato con la Universidad de Leiden y había decidido retirarse. Para todos los docentes y sus alumnos, resultaba inesperado. El retiro de García tuvo un impacto enorme en nuestros proyectos: a pesar de que aún estaba dispuesta a supervisar nuestros proyectos de investigación, ya no podía ser nuestra “directora de tesis” oficial. De un día para el otro, nos habíamos convertido en “huérfanas científicas”. En aquellos tiempos de incertidumbre, nuestro contacto se volvió aún más estrecho, nuestro bote navegaba aguas turbulentas y no estaba claro cómo íbamos a poder salir de ese dilema. Sin embargo, ambas continuamos trabajando en nuestros proyectos de investigación. Yo apenas había empezado a recolectar mis datos experimentales, pero Angelita tenía prácticamente todo su trabajo de recolección de datos terminado, y estaba ocupada escribiendo.

Poco tiempo después, Érica García dejó Leiden y se mudó a Italia, por lo que el contacto y la comunicación se volvió cada vez más difícil. Para ese entonces, la tesis de Angelita estaba casi terminada, mientras que la mía estaba atascada por completo. Ambas teníamos trabajos muy demandantes: Angelita tenía un puesto docente y de investigación en la UBA, y yo había dejado la universidad y trabajaba como especialista en tecnologías de la información en una empresa privada. Fue, en particular, en esos años difíciles cuando nos alentamos mutuamente a no rendirnos, sino a continuar, no sólo por nosotras y para obtener nuestro Doctorado, sino porque estábamos convencidas de que se lo debíamos a la gente que nos había ayudado, a nuestros colegas, pero, principalmente, a nuestros informantes, la gente que había aportado sus datos, sus historias, su energía a nuestros proyectos. Nos mantuvimos en contacto por correo y teléfono, y nos encontramos en conferencias en Argentina, España, Costa Rica... y una y otra vez, nos alentábamos mutuamente a continuar, escribir nuestras tesis y obtener nuestro Doctorado.

Por fortuna, la Universidad de Leiden tenía confianza en nuestros proyectos y nos asignó supervisores para nuestros proyectos de Doctorado “huérfanos”. Así, Angelita defendió exitosamente su tesis en la Universidad de Leiden en mayo del 2000 con el profesor Willem Adelaar como director. Para ese entonces, mi proyecto estaba atascado del todo, y mis días estaban llenos de trabajo intenso como gerente del área de tecnologías de la información, a punto de rendirme. Fue Angelita quien me alentó y me empujó a continuar: año tras año, y cuando fuera y donde fuera que nos encontráramos. Estoy segura de que sin el apoyo de Angelita, me hubiera rendido. Pero no lo hice, a pesar de que me costó otros ocho años hasta que finalmente defendí mi tesis, con Angelita como miembro del jurado.

Ha sido un largo viaje para finalizar nuestras tesis, para encontrar nuestro regreso al muelle, juntas, en el mismo bote. Gracias, Angelita, por 25 años de amistad y aliento, y... “hasta una próxima aventura”.